

RICARDO DONOSO

6 JUN 1964

**LA LABOR EDUCATIVA
Y LITERARIA DE
SARMIENTO EN CHILE**

Separata de la Revista Universidades N.º. 4

UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA
BUENOS AIRES

UDUAL
LC
191
.D61

RICARDO DONOSO

LA LABOR EDUCATIVA
Y LITERARIA DE
SARMIENTO EN CHILE

Separata de la Revista Universidad N. 4

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA
BUENOS AIRES

UDUAL
LC
191
D61

319
UDUAL
ECHA 13 SEP 2019
PRECIO

Edición de Burell
1802.00.29
Nº de inventario
2018-02-00369

Vamos a pasar por alto los primeros y tormentosos años de Sarmiento en Chile, para ver cuál era el ambiente cuando él llegó en 1841 y cuando hizo sus primeros ensayos literarios y descubrió su verdadera vocación de escritor, que como él dice, “tenía una afinidad química con mi esencia”.

Son muy conocidas las circunstancias —y él lo recuerda en una página inolvidable de *Recuerdos de Provincia*—, en que él escribió ese primer artículo en *El Mercurio de Valparaíso*, las emociones que como escritor principalmente experimentó ante la duda de la acogida que iba a encontrar en el público, y finalmente, el estímulo que recibió, cuando contó con la aceptación y el aplauso de los hombres más eminentes que figuraban en el ambiente social y político de Santiago.

El gran maestro don Ricardo Rojas ha evocado en una página muy hermosa cuáles eran las dos personalidades sobresalientes que actuaban en el terreno intelectual y político de Chile al iniciar Sarmiento su carrera de escritor. En el terreno intelectual, el sabio Andrés Bello, que hacía ya más de diez años estaba en Chile y que va a constituir, desde la fundación de la Universidad, y desde su cargo de Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, el verdadero maestro de la juventud y director de las relaciones exteriores en Chile. Bello, por su temperamento conciliador, por su espíritu profundamente conservador, iba a

luchar pronto con Sarmiento; pero al lado de él está don Manuel Montt, que va a iniciar, casi paralelamente con Sarmiento, su carrera política, y que vio la posibilidad de que Sarmiento interpretara su pensamiento, en la idea que animaba a muchos hombres de la época, de promover el desarrollo de la enseñanza pública. El desenvolvimiento de la enseñanza pública es para estos hombres la gran herramienta que ha de contribuir a la transformación de la sociedad de la época, del estado precario en que estaba la cultura y que permitirá echar las bases de una verdadera democracia política.

Don Manuel Montt es un hombre que se ha formado a sí mismo —cosa que no debe olvidar nunca la juventud—, luchando con la adversidad y con la pobreza. Había nacido en un oscuro rincón de una provincia chilena, en Petorca, un pueblo insignificante. Se educó en el Instituto Nacional con una beca proporcionada por el Estado; y con el correr de los años pasaría a ser la figura central de la vida política en Chile, en la cual iba a dominar, con dominio absoluto, durante un largo período de treinta años.

Montt era un hombre de personalidad vigorosa que influyó profundamente en la vida de Sarmiento. Por eso es necesario decir algunas palabras sobre cuál era su ideal político. Había tomado como modelo a una figura muy discutida de nuestra historia política, don Diego Portales.

Portales, que tuvo un fin trágico, porque pereció asesinado, soñaba con echar las bases de la organización política de Chile. Montt tenía siempre ante su vista la imagen del pensamiento político de Portales. ¿Cuál es la idea de este hombre? En primer término, rinde un acatamiento profundo al orden. El mantenimiento del orden público, el luchar contra las sediciones y las conspiraciones, va a ser el supremo ideal político; pero al mismo tiempo comprende que el estado de la sociedad es tan deplorable, el nivel de la cultura tan ínfimo, las condiciones en que viven las clases inferiores tan lamentables, que a su juicio la enseñanza pública debe ser la herramienta encargada de mejorar las condiciones sociales del pueblo.

Es en ese momento cuando llega Sarmiento a Chile, conoce

a don Manuel Montt, Ministro de Educación Pública, y se va a iniciar entre ellos una confraternidad espiritual y política tan profunda que será de enormes proyecciones en la vida pública y educacional de Chile. Desde que Sarmiento comenzó sus trabajos literarios en Chile, encontró su verdadero hogar intelectual en el diario *El Mercurio*, que se publicaba en el principal puerto del país desde la época de la independencia —1827—. Por esos años figuraba como propietario un hombre que después va a tener una notoriedad americana: don Manuel Rivadeneira. *El Mercurio* publicó un precioso artículo de Sarmiento en el que supone un diálogo entre el editor y el redactor. Nos da una idea tan clara del pensamiento de Sarmiento y del momento político en que inició su labor literaria, que no voy a resistir a la tentación de reproducir algunos de sus párrafos más destacados.

Es en ese momento histórico cuando llega Sarmiento, y las iniciativas que él va a tomar, junto con otros factores de orden social, político y económico, provocan el movimiento espiritual que los historiadores de las letras y de la vida política de Chile denominan el movimiento literario de 1842, por cuanto en ese año histórico surgen instituciones, se publican otros periódicos y se abren a la juventud nuevos caminos de acción que van a transformar completamente la fisonomía de la sociedad chilena.

Algunos historiadores chilenos han planteado el problema de si el movimiento literario de 1842 tuvo precursores, es decir, si algunos hombres que trabajaron en el terreno intelectual pueden calificarse de precursores de esta eclosión que fue el movimiento literario citado. En realidad cabe decir que sólo dos hombres pueden ser denominados precursores: don José Joaquín de Mora, que vino primero a Buenos Aires, traído por don Bernardino Rivadavia, y que en 1827 pasó a Chile, y en seguida don Andrés Bello, que llegó dos años más tarde y se arraigó en Chile.

Mora desarrolló una labor de gran significación y de gran trascendencia: fue el verdadero consultor letrado del gobierno; fundó un colegio de segunda enseñanza, el Liceo de Chile; publicó un periódico a imitación de las revistas inglesas de la época, en las cuales él había colaborado durante su residencia en Londres; y redactó la Constitución del año 1828, la cual introdujo una reforma de carácter social de tanta trascendencia, que iba

a provocar, al fin de cuentas, una revolución y la caída del régimen liberal en Chile. Esta reforma fue la supresión de una antigua institución que prevalecía desde la época colonial, la institución de los mayorazgos, cuyo régimen le daba a la sociedad chilena una característica esencialmente aristocrática.

Mora era muy buen escritor, y la primera sorpresa que experimentó al llegar a Chile fue comprobar lo mal que hablaban los chilenos, lo mal que pronunciaban —se comían las últimas sílabas de las palabras— y a su vez, los chilenos lo acusaban de que hablaba en un lenguaje muy rebuscado. Un letrado muy eminente a quien vamos a referirnos más adelante, don Juan Egaña, escribiéndole a su hijo, le decía esta frase lapidaria: “su manera de hablar y de escribir son admirables”. Pero los santiaguinos se sentían un poco deprimidos ante las pretensiones de purismo de Mora. Se contaba una anécdota muy graciosa para caracterizar el lenguaje rebuscado que hablaba. En una oportunidad en que iba por la plaza principal de la ciudad, y doblaban las campanas de la Catedral, tocando a muerto, se le acercó un vendedor de pescado a quien Mora le preguntó: “¿Por qué clamorean esos insensibles bronces?” El palurdo quedó tan ajeno a lo que le preguntaban, que le contestó: “A medio real la sarta, patrón”.

El año 1842 se inicia en nuestro país con un acontecimiento de gran trascendencia: el decreto del 18 de enero de ese año que fundó la Escuela Normal de Preceptores, de la cual fue designado inmediatamente director don Domingo Faustino Sarmiento. Pero es muy interesante dejar constancia de cuál era el concepto que tenía Sarmiento sobre la enseñanza, cuál era el papel que debía llenar en la sociedad: no es sólo la formación de maestros para la primera enseñanza. En el fondo hay un verdadero pensamiento social. Hasta entonces la enseñanza había sido una prerrogativa de las clases acaudaladas, y Sarmiento creía que la enseñanza debía ser para todos, de modo que en el fondo de su pensamiento hay —repito— un ideal democrático. Esa idea de fomentar la primera enseñanza y de desarrollarla en todas las clases de la sociedad, abría las puertas de la escuela a todo el pueblo para mejorar sus condiciones intelectuales, morales y sociales. Tiene, pues, un profundo sentido político.

Ese mismo año surgieron, también, algunos periódicos, entre

los cuales merecen recordarse la *Revista de Valparaíso*, que fundó don Vicente Fidel López; pero el más interesante de todos fue el que apareció, también en Valparaíso, en la imprenta de *El Mercurio*, en febrero del mismo año, redactado por un eminente hombre de letras que merece una atención especial porque es una personalidad americana, de esas personalidades que se formaron en la época de la independencia y que actuaron en muchos escenarios. Se llamaba don Juan García del Río y el periódico que publicó, *El Museo de Ambas Américas*.

Del Río poseía una personalidad muy interesante. Había nacido en Cartagena de Indias, era hijo de un peninsular y de una criolla. Se había educado en Europa y sirvió en la independencia bajo las órdenes del general San Martín, de quien fue ministro en el Perú. En seguida se trasladó a Europa con una misión diplomática, y durante largos años colaboró en aquellos periódicos que pertenecían al famoso editor Ackerman, *Correo Político y Literario de Londres* y *El Repertorio Americano*. García del Río concibió la posibilidad de adaptar la orientación de los órganos de Ackerman al ambiente chileno e inició la publicación de ese hermoso periódico, *El Museo de Ambas Américas*, en el que, a imitación de la prensa inglesa, trató de promover el fomento —diríamos— de la cultura, lo que llamamos hoy en día la cultura general, en que se incorporaban noticias de todo orden sobre historia, geografía, descubrimientos científicos e industriales, sobre crítica literaria e histórica. Pero, desgraciadamente, esta iniciativa de García del Río no fue de larga duración; él alcanzó a publicar sólo tres volúmenes de su periódico y poco después se vio en la necesidad de abandonar el territorio chileno, pasó al Perú y después fue a México, donde murió.

Era un hombre que poseía una figura muy distinguida; muy favorecido por las damas, entre las cuales tenía grandes éxitos. Era un escritor de bien cortada pluma, y dejó el recuerdo de esos hombres que actuaron en aquel período y que sirvieron a distintas naciones sin tener un sentimiento estrecho de nacionalidad. Se consideraba, por encima de todo, americano. Actuó en Chile y en Buenos Aires, fue Ministro de Santa Cruz durante la Confederación; sirvió a su patria, en Nueva Granada. Se sentía un americano por excelencia y su periódico hermosamente im-

preso por Rivadeneira —ese editor tan notable y tipógrafo tan sobresaliente— pereció en medio de la indiferencia pública. Comenzó muy bien, con un gran número de suscriptores, y poco a poco fue decayendo entre el olvido general.

Pero fue en las columnas de *El Mercurio*, donde comenzó la campaña de Sarmiento y la crítica a ese espíritu encogido que él encontraba en la juventud, y desde allí se iniciaron las polémicas literarias entre clásicos y románticos.

Esta iniciativa de Sarmiento es muy significativa. El, con gran coraje cívico, criticó a la juventud el acatamiento que prestaba a la tradición española, que pesaba en las almas y en la orientación de los estudios; de modo que desde el primer momento, el campo apareció dividido en dos sectores: el sector conservador —digamos— encabezado por Bello, cultor de las normas clásicas, admirador de la literatura española; y del otro lado Sarmiento, llamando a la juventud en una invitación para abrirle nuevos caminos y estimular su dedicación al culto de las letras. El llamado no fue desoído y a principios de mayo se echaron las bases de la fundación de la Sociedad Literaria. Se considera como fecha inicial de los trabajos de la Sociedad Literaria la sesión inaugural y el discurso que pronunció el joven elegido presidente, don Victorino Lastarria, profesor del Instituto Nacional. Pronto la Sociedad Literaria tuvo, naturalmente, un órgano de publicidad —el *Semanario de Santiago*—, donde iniciaron su carrera literaria todos esos jóvenes que iban a llenar las páginas más brillantes de la historia social, política e intelectual de Chile: don Antonio García Reyes, don Manuel Antonio Tocornal, el poeta don Salvador Sanfuentes, don José Joaquín Vallejo, nuestro principal costumbrista, don Hermógenes de Irisarri, don Jacinto Chacón y don Eusebio Lillo.

El discurso de Lastarria es una pieza reveladora del estado de las costumbres y del ambiente intelectual. Hablaba en él de que la Sociedad se había fundado con el propósito de promover la actividad intelectual de la juventud, pero que no querían reñir con las potencias dominantes. Esas dos potencias son, naturalmente, la Iglesia y el Gobierno imperante, de modo que siguiendo los consejos del mismo Bello, quien les había recomendado observar una política cautelosa, no quisieron plantear cuestiones

que afectaran profundamente a la estructura social y política, sino suscitar la actividad intelectual. Por eso, en las páginas del *Semanario* se consagraron a la literatura, a la crítica de teatro, a los artículos de costumbres, y muy poco a hacer la crítica social y a ocuparse de las cuestiones políticas.

Fue en ese momento cuando Sarmiento se sintió con el ánimo más deprimido, atacado por este grupo de jóvenes del *Semanario* y cuando escribió aquel famoso artículo que apareció en *El Mercurio* del 27 de julio de 1842, en el que nos expresa con tanta claridad su pensamiento, que verdaderamente impresiona. Es muy importante este artículo porque nos revela también cuál era el concepto que tenía él sobre el papel de la prensa.

Voy a reproducir sólo un fragmento de ese artículo, que se llama: “Diálogo entre el editor y el redactor”. Dice:

—*Si querría Ud. que el trabajo de la prensa periódica fuese como un raudal manso y apacible, que vaya besando tímidamente los pies a las malezas que lo cercan; que evite los escollos, vuelva hacia atrás y se pierda en rodeos y revueltas, por falta de energía para arrostrar los obstáculos . . . Pero riase Ud. de eso. En los campos que riega el pensamiento, como en los de la naturaleza, esos raudales contemplativos no tienen un fin conocido, corrompen todo lo que tocan, cubren la tierra de ciénagas y de putrefacción y mueren al fin, después de haberlo pervertido todo en la estagnación y en la nulidad; en lugar de aquellos que acometen osadamente con las resistencias y se estrellan contra las rocas, las conmueven al fin, las arrastran, las liman lentamente, les quitan sus asperezas, y despejando así su alvéolo, van derecho a los mares, fertilizando todo lo que tocan a su paso, derramando la vida y sirviendo de canales de civilización y de comercio. Escribir por escribir es la profesión de los vanidosos y de los indiferentes sin principios y sin verdadero patriotismo; escribir para insultar es la de los malvados y la de los estúpidos; escribir para regenerar es el deber de los que estudian las necesidades de la época en que viven.*

—*No es mala la comparación —le dice Rivadeneira—, pero me faltan dos columnas para el diario de mañana, y si Ud. quisiera . . .*

—*Me sacará Ud. de paciencia y me hará maldecir de mi*

suerte y de la enfadosa profesión que ejerzo. E incorporándose y poniéndose de pie, echándose la capa bajo el brazo, ¿sabe Ud. —continuó— todo lo que hay de amargo en encontrarse solo en la tierra, sin antecedentes, sin porvenir, en medio de una sociedad que lo rechaza de todas partes, sin que una afición tierna siquiera penetre con sus miradas de simpatía hasta el fondo del corazón que se siente irse helando poco a poco, secándose a fuerza de estar cerrado a los afectos que ligan a la generalidad de los hombres con la sociedad en que vive? ¿Sabe Ud. lo que es verse hecho el blanco de calumnias odiosas, que no atacan los escritos, sino la moralidad privada del escritor? ¿Sabe Ud. lo que es vivir en un mundo ideal, en un mundo de ilusiones fantásticas, explotando diariamente el campo de los principios sociales, arrojando odios vulgares, recibiendo punzadas, a trueque de servir con provecho la causa de la regeneración de las ideas y de las costumbres? ¿Sabe Ud. lo que es amar la libertad como a una querida doliente y enfermiza, y verla zozobrar allí, caer acullá, y oír cada día que transcurre el ronco retumbar del edificio que se desploma, sin poderle prestar ayuda, sin poder pedir socorro en favor de los que perecen, perdiendo una tras otra toda esperanza de salvación, y viendo surgir sobre los abismos en que se sepulta, un despotismo asiático, que cuando se haya establecido tranquilamente, secándose la sangre en que hoy nada, servirá de modelo y suscitará imitadores por todas partes? ¿Sabe Ud. cuánto desconsuelo trae simpatizar con la juventud, propendiendo a elevarla siempre a la influencia inteligente, en países conmovidos y en los que el verdadero saber está en proporción de la distancia en que las ideas y los hábitos se hallan del antiguo sistema, excitándola siempre a emprender los trabajos que le pertenecen, y recibir por toda contestación ultrajes personales e interpretaciones que revelan malquerencia e injusticia?

“No ha mucho que cierta polémica conmovió a una parte de la sociedad en mi contra porque no me tembló la mano al escribir verdades útiles. ¿Cuál ha sido el resultado? A los pocos días apareció el prospecto del Semanario de Santiago y muy en breve verá el público el de un diario que hacía tan notable falta. La historia del movimiento literario dirá alguna vez qué causas surgieron el pensamiento de esas publicaciones, pero los presen-

tes tendrán buen cuidado de ocultárselo a sí mismos, y de llover dicterios sobre el que los ha promovido.”

Y aquí una nota final que nos explica esta afinidad espiritual que había entre Rivadeneira —emigrado español—, y Sarmiento, en que los dos están en un momento crucial y se sienten bastante deprimidos.

“Un momento de silencio siguió a este desahogo acalorado. El editor se había quedado parado, pensativo, inmóvil. Al fin, dando algunos pasos, dijo: yo también he vivido en un tiempo de esos ensueños de regeneración y libertad. He combatido; me he sacrificado, me he arruinado, y al fin me ve Ud. aquí, arrojado de mi patria, a dos mil leguas de distancia, desengañado y aprendiendo en la ruda escuela de la experiencia a tomar la sociedad como es y los sucesos como vienen. No creo en nada, no espero nada, y no pienso por tanto sino en mí mismo.”

Pero, felizmente, Rivadeneira era un hombre de gran empuje, de un carácter férreo; volvió a su patria y echó las bases de aquella magna empresa editorial que ha salvado para la posteridad su nombre, fundando la Biblioteca de Autores Españoles. Es sabido que de este contacto entre Sarmiento y Rivadeneira nació esa idea, que iba a realizar este último a su regreso a España.

Después de esta labor en *El Mercurio*, del cual Sarmiento fue redactor durante todo el año 1842 y que constituyó el verdadero hogar espiritual de los emigrados argentinos, surgió en Santiago otro periódico, cuyo solo título es bastante revelador del pensamiento que animaba a estos hombres; se llamó *El Progreso*. Hasta entonces Santiago no había contado con un diario fijo. *El Mercurio de Valparaíso* era un diario que circulaba por toda la costa del Pacífico; tenía un carácter mercantil, como era el de la ciudad. Santiago había visto aparecer periódicos ocasionales, pero no había surgido un diario como lo concebimos ahora, con cierta orientación moderna, abierto a todas las inspiraciones. Fue la iniciativa de los hermanos Vial Formas la que maduró al fin en la fundación de este periódico que va a alcanzar una larga vida y cuya redacción le fue confiada a Sarmiento.

Desde entonces tuvo, pues, el gran sanjuanino esta tribuna en la cual iba a ser como el espectador de todos los acontecimien-

tos que se desarrollarán en su época y donde publicó sus páginas inolvidables de crítica literaria, de crítico de teatro y como escritor de costumbres. Entre los acontecimientos —podemos darles esta denominación— que se producen en esta época de la estada de Sarmiento en Santiago y en que reparte su actividad entre la prensa, la redacción de *El Progreso* y la dirección de la Escuela Normal, podría mencionarse la llegada de los primeros volúmenes de la *Historia Física y Política de Chile*, de don Claudio Gay, que Sarmiento comentó en un artículo informativo para el público. Este era el resultado de un trabajo de muchos años de un sabio naturalista francés, a quien el gobierno le había confiado la tarea de confeccionar una descripción del territorio chileno —física particularmente— para lograr una información adecuada de los recursos naturales del país. Fue tal vez Chile uno de los primeros países de Sud América que tuvo así un verdadero cuadro de su geografía física, de sus recursos naturales, de su flora y de su fauna.

Felizmente, don Claudio Gay, que permaneció muchos años en Chile, se contagió un poco del ambiente, y le consagró en su libro una parte muy considerable a la historia de Chile; de modo que dividió su obra en historia, ocho volúmenes; dos volúmenes de botánica, dos de zoología y un atlas de ilustraciones, que son muy apreciados actualmente por los bibliófilos, porque incluye algunos dibujos y cuadros del célebre pintor alemán Rugendas, y de otros dibujantes, que dan una idea muy clara de los aspectos físicos y del estado de la sociedad de la época.

Pero la iniciativa de mayor trascendencia que iba a surgir en ese mismo año y que justifica el nombre de “Movimiento Literario del año 1842”, va a ser la que tomó el gobierno en favor de la creación de un centro de altos estudios, que se llamó Universidad de Chile. Santiago había tenido una Universidad durante la época colonial, que se había declarado extinguida por un decreto de 1839, y don Manuel Montt, ministro de Instrucción Pública, por el consejo de Bello, elaboró un proyecto para la creación de un Centro Superior de Estudios.

Se elaboró este proyecto; fue discutido rápidamente por el Congreso y luego sancionado. Pero antes de debatirlo surgieron todavía algunas dudas sobre el carácter que debía tener el nuevo

organismo; si debía ser un cuerpo exclusivamente docente, o si debía ser un cuerpo puramente académico. Se llegó finalmente a una transacción y se hizo de la Universidad un cuerpo docente y un cuerpo académico con cinco Facultades: una Facultad de Teología, otra de Leyes y Ciencias Políticas, una de Medicina, una de Ciencias Físicas y Matemáticas y una de Humanidades, con este nombre que está hoy un poco abandonado, porque en casi todas las Universidades a la Facultad de Humanidades se le ha dado el nombre de Facultad de Letras. Miembro académico de la Facultad de Humanidades fue designado don Domingo Faustino Sarmiento, y un año más tarde don Vicente Fidel López. Ante esta alta casa de estudios presentó Sarmiento su proyecto sobre ortografía, que fue objeto de una discusión muy laboriosa, consagrándose finalmente en la práctica. Pero todas estas iniciativas, todas estas polémicas que habían despertado el sentimiento nacionalista de la juventud, iban a dar pronto su fruto en la publicación de un trabajo que produjo un verdadero escándalo, pero que podemos considerar como una expresión de esta liberación del espíritu de la juventud. Fue la aparición del libro de don Francisco Bilbao llamado *Sociabilidad Chilena*.

Don Francisco Bilbao era un joven estudiante de la Sección Universitaria del Instituto Nacional, que tuvo el valor de llamar la atención hacia las características que ofrecía entonces la sociedad chilena. Escribía en un tono declamatorio, pero en medio de las declamaciones decía algunas gruesas verdades, entre las cuales, él llamó principalmente la atención a lo profundamente dividida que se encontraba la sociedad. No había una clase media, sino una aristocracia dominante y un pueblo inculto que vivía en las peores condiciones imaginables: Bilbao asignaba la responsabilidad de este estado de cosas a la influencia de la Iglesia Católica.

Este libro encontró naturalmente una acogida clamorosa en el público. Vio la luz en las páginas de un periódico llamado *El Crepúsculo*, pero fue denunciado ante el Jurado de la Imprenta. La autoridad consideró el escrito corruptor, sedicioso e inmoral y fue acusado ante el Jurado. La institución del Jurado se había incorporado a la legislación chilena por iniciativa de don José Joaquín de Mora, que la había copiado de las institu-

ciones inglesas, pero al discutirse la Constitución de 1833, el Jurado fue incorporado entre las disposiciones de la Constitución.

Reunido el Jurado ante el cual hizo Bilbao su propia defensa, fue absuelto y condenado a pagar sólo una multa de mil doscientos pesos. Bilbao se había convertido en el ídolo de la juventud de su tiempo, y de los muchachos del Instituto Nacional que concurrieron a la discusión en el Jurado y reunieron inmediatamente, en el acto, la multa a la cual había sido condenado. Y esto fue considerado también un grave atentado. El público sacó a Bilbao en triunfo de la sala del Jurado, y como era de una constitución muy débil, al atravesar la plaza sufrió una fatiga. Le asistió el doctor Blest, profesor de la Facultad, hasta que lo acompañaron a su casa. Todo este episodio conmovió profundamente a la ciudad, y tuvo terribles consecuencias, porque el gobierno consideró que este voto de indemnidad que le había dado el Jurado a Bilbao, le iba a otorgar una gran notoriedad entre la juventud y la población. Entonces hizo que el fiscal de la Corte acusara el escrito ante la Corte Suprema, la que dictó una sentencia que hace recordar las que se dictaban en la Edad Media. Condenó a la obra a ser quemada en la plaza pública por mano del verdugo. Esto, naturalmente, le dio a Bilbao una notoriedad clamorosa y fue expulsado del Instituto Nacional; y el doctor Blest, que lo había asistido en las circunstancias mencionadas, fue privado de su cátedra de la Facultad de Medicina.

Esto revela la exaltación de los espíritus, que daba como resultado que los jóvenes se sintieran con más libertad para afrontar problemas de una mayor trascendencia.

Hay aquí una laguna en la acción de Sarmiento en Chile: el largo viaje que realizó por Europa y el norte de Africa y que ha contado tan hermosamente en su inolvidable libro de *Viajes*.

A su regreso de Europa, publicó Sarmiento en las columnas de *El Progreso*, primero en forma de folletín y después en forma de libro, su célebre *Facundo*. Esta verdadera epopeya de la pampa, como se la ha calificado, ha sido muy estudiada y todos los lectores se la saben de memoria. Yo no pretendo enjuiciar ni dar una opinión siquiera sobre este libro, que figura ya y está consagrado como una de las obras maestras de la literatura americana. Pero conviene no olvidar que esta obra fue concebida y ela-

borada en el territorio de Chile, cuando Sarmiento vivía bajo la presión de la imagen de su patria y de los sufrimientos que experimentó en garras de la tiranía.

En 1849, como resultado de su viaje, Sarmiento elabora su trabajo sobre educación popular, que sometió a la consideración del ministro don Manuel Montt y que fue la base de un proyecto de ley elevado al Congreso, pero que no obtuvo sanción inmediata, sino algunos años más tarde. Se originó así la ley que organizó la primera enseñanza de Chile, promulgada durante el gobierno de don Manuel Montt, tan estrechamente unido a Sarmiento. Dicha ley del mes de septiembre de 1860, que organizó la enseñanza primaria y normal en nuestro país, contiene innovaciones verdaderamente revolucionarias.

El otro trabajo de importancia que Sarmiento concibió y escribió en Chile es también esa autobiografía encantadora que todos hemos leído con admiración: los *Recuerdos de Provincia*, con todas aquellas páginas llenas de emoción en que él evoca su hogar sanjuanino, sus parientes, su educación y la lucha que tuvo que entablar contra la adversidad y la pobreza. Yo no puedo recordar aquí esta segunda etapa, fecunda en la vida de Sarmiento. Es la etapa del político, del educador, del magistrado, que llena treinta años de su vida. Quiero sólo recordar, para terminar, dos episodios; primero, el viaje de Sarmiento a Chile durante el año 1884, y la edición de sus obras completas. Habían transcurrido cerca de cuarenta años desde que él había vivido en el territorio chileno y al volver, se encontró que toda esta siembra había dado fecundos resultados.

El país no había sido conmovido por revoluciones políticas, se había enriquecido, se había promovido el desarrollo de la enseñanza pública y el aspecto social, cultural y científico estaba completamente transformado.

Sarmiento viajó a Chile en ese año, 1884, por la vía marítima y el primer puerto chileno en el cual tocó, fue el puerto de Talcahuano, donde estaba de gobernador un joven en cuyo álbum escribió esta breve página, que nos da una pequeña luz sobre la postura bajo la cual Sarmiento quería pasar a la posteridad. ¿Quería sobrevivir como escritor, como polemista, como político? Según esta breve nota, esclarecedora a mi juicio, su aspiración

era pasar a la posteridad —y que ésta le ha reconocido— como maestro, por antonomasia. Dicho documento tiene la particularidad de ser completamente inédito. Está fechado en Talcahuano, el 11 de febrero de 1884, y dice: “Lota es el prólogo del moderno Chile industrial y artístico. Las fraguas de Vulcano apenas velan las maravillas de los jardines de Armida. Unas horas más y en Talcahuano me aguardan las afecciones antiguas del corazón: Ortiz, mi compañero de juventud; Astaburuaga, mi conlega de la diplomacia y, dominando sobre todo este conjunto de emociones y simpatías, el joven gobernador Tomás Menchaca, que me hace sentir las satisfacciones que me aguardan en Valparaíso y en Santiago. Hace cuarenta y un años que reproché a Chile —joven oscuro y desconocido— su ingratitud con su Libertador. Cuarenta y un años después otra generación me contesta probando que no ha olvidado a su maestro de escuela”.

El último episodio que quiero recordar se relaciona con la publicación de las obras completas del escritor sanjuanino. Sarmiento experimentó como escritor la mayor satisfacción que le está permitida a muy pocos mortales: la de que su obra de escritor fuera reconocida por sus contemporáneos y recibiera el homenaje de la Nación, es decir, de que se autorizara la publicación de sus obras completas en cumplimiento de una ley del Congreso. Esa ley del año 1884 comenzó a hacerse efectiva inmediatamente y como todos los primeros escritos de Sarmiento se referían a su actuación en Chile, él encomendó la selección de sus trabajos al hijo de su amigo, el ministro Montt, que era un intelectual muy distinguido; se llamaba Luis Montt. De esa época proviene la anécdota que es muy conocida, bien reveladora del espíritu de Sarmiento. Cuando don Luis Montt se encontró con dificultades para determinar la paternidad de los artículos aparecidos en el diario *El Progreso* y le preguntó a Sarmiento si los podía identificar, la contestación vino inmediata: los buenos artículos —dijo— eran los de él.

Sarmiento tuvo la satisfacción de ver que sus contemporáneos reconocieran la importancia y la trascendencia de su obra, de modo que en este sesquicentenario se alza la modesta voz de un viejo profesor chileno para proclamarlo una vez más el maestro por antonomasia de América.

UÜÜÄL

LC191

.D61

Donoso, Ricardo
La labor educativa y literaria de Sarmiento en Chile.

